

desconocida que brotaba de sus ojos.—¡Oh! sí,—pensaba:—¡Es él! ¡Esto es de él para mí!

Y creía que se lo había llevado una intervención de los ángeles; una casualidad celestial.

¡Oh transfiguraciones del amor! ¡Oh sueños!

Esta casualidad celestial, esta intervención de los ángeles era la bola de pan lanzada de un ladrón á otro ladrón; del patio de Carlomagno á la Cueva de los Leones, por cima de los tejados de la Fuerza.

LOS VIEJOS HAN NACIDO PARA SALIR Á PRÓPOSITO

Cuando llegó la noche salió Juan Valjean y Cosette se vistió. Se peinó del modo que le sentaba mejor y se puso un vestido, cuyo cuerpo había recibido una tijeretada más y dejaba ver por esta escotadura el nacimiento del cuello; era, como dicen las jóvenes, «un poco indecente.» No era de ninguna manera indecente; pero era más bonito que otro. ¡Se vistió de este modo sin saber por qué!

¿Quería salir? No.

¿Esperaba una visita? No.

Al anochecer bajó al jardín. La tía Santos estaba ocupada en la cocina que daba al traspatio.

Empezó á pasear bajo los árboles, separando las ramas de tiempo en tiempo, con la mano, porque las había muy bajas.

Así llegó al banco. Allí estaba todavía la piedra.

Se sentó y puso su blanca mano sobre la piedra, como si quisiese acariciarla y manifestarle agradecimiento.

De pronto sintió esa impresión indefinible que se experimenta, aún sin ver, cuando se tiene á alguno detrás en pie.

Volvió la cabeza y se levantó. Era él.

Tenía la cabeza descubierta; parecía pálido y flaco; apenas se distinguía su traje negro. El crepúsculo blanqueaba su hermosa frente y cubría sus ojos de tinieblas. Tenía algo propio de la muerte y de la noche bajo un velo de incomparable dulzura. Su rostro estaba iluminado por la claridad del día que muere y por el pensamiento de un alma que se va.

Parecía que no era aún fantasma; pero que no era ya hombre.

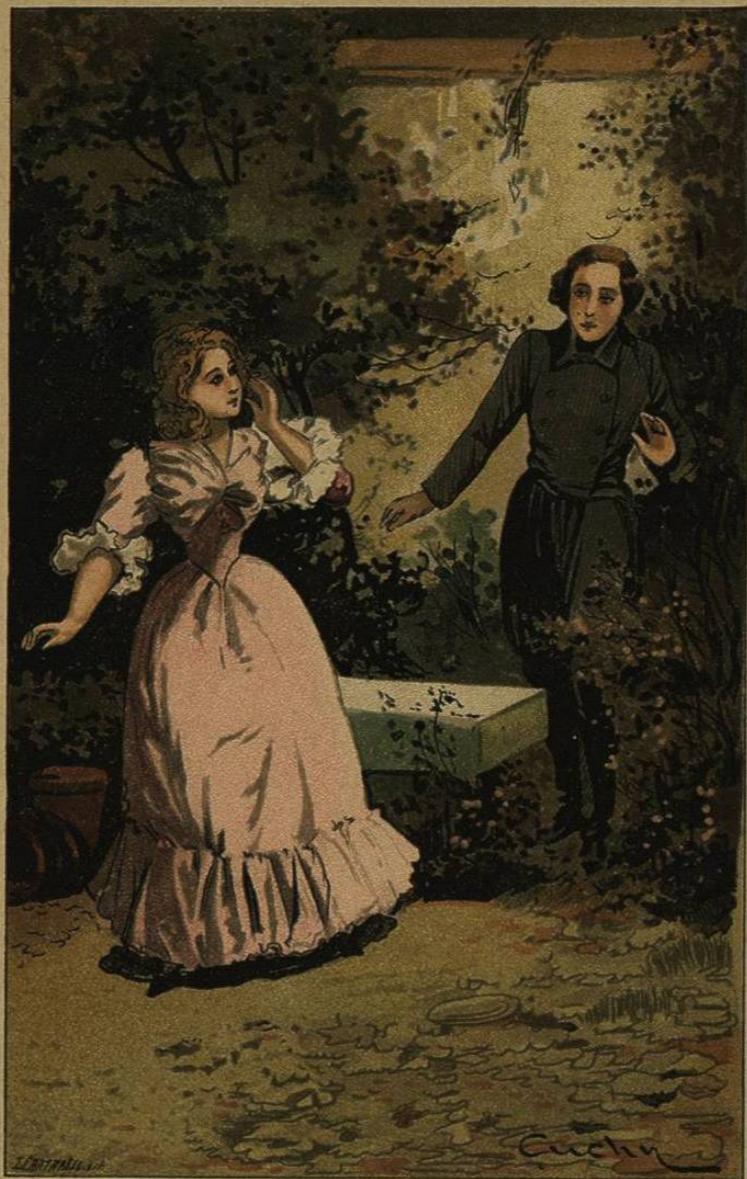
Su sombrero estaba caído á algunos pasos entre la hierba.

Cosette, próxima á desfallecer, no dió ni un grito. Retrocedió lentamente porque se sentía atraída. Él no se movió. Cosette sentía la mirada de sus ojos, que no podía ver al través de un velo inefable y triste que le rodeaba.

Cosette, al retroceder, encontró un árbol y se apoyó en él; sin este árbol se hubiera caído al suelo.

Entonces oyó su voz, aquella voz que realmente no había oído nunca, que apenas sobresalía del susurro de las hojas y que murmuraba:

—Perdonadme; estoy aquí. Tengo el corazón lleno; no podía vivir como estaba y he venido. ¿Habéis leído lo que he puesto en ese banco? ¿Me conocéis? No tengáis miedo de mí. ¿Os acordáis de aquel día, hace ya mucho tiempo, en que me mirásteis? Fué en el Luxemburgo, cerca del gladiador. ¿Y del día que pasásteis cerca de mí? El 16 de junio y el 2 de julio. Va á hacer un año. Desde hace mucho tiempo no os he visto. He preguntado á la alquiladora de las sillas y me ha dicho que ya no os veía. Vivíais en la calle del Oeste, en un tercer piso de una casa nueva; ya veis que lo sé. Yo os seguía. ¿Qué tenía que hacer? Después habéis desaparecido. Creí veros pasar una vez cuando estaba yo leyendo los periódicos bajo los arcos del Odeón, y corrí; pero no, era una joven que



—Perdonadme; estoy aquí.

tenía un sombrero como el vuestro. Por la noche vengo aquí. No temáis, nadie me ve; vengo á mirar vuestras ventanas de cerca. Ando muy suavemente para que no lo oigáis, porque podríais tener miedo. La otra noche estaba detrás de vos, os volvísteis y huí. Una vez os he oído cantar; fui feliz. ¿Os hace daño que os oiga cantar al través de las persianas? Esto no os hace mal, ¿no es verdad? Ya veis, sois mi ángel; dejadme venir; creo que me voy á morir. ¡Si supiéseis! ¡Os adoro! Perdonadme; os hablo y no sé lo que os digo; os incomodo tal vez. ¿Os incomodo?

—¡Oh, madre mía!—dijo Cosette. Se la doblaron las piernas como si se muriese.

Él la cogió; ella se desmayaba; la tomó en sus brazos, la apretó sin tener conciencia de lo que hacía y la sostuvo temblando. Estaba como si tuviese la cabeza llena de humo; veía pasar relámpagos ante sus ojos; sus ideas se desvanecían; le parecía que realizaba un acto religioso, y que cometía una profanación. Por lo demás, no experimentaba el menor deseo hacia aquella mujer seductora, cuyas formas sentía sobre su pecho. Estaba perdido de amor.

La cogió una mano y se la puso sobre el corazón.

Sintió el papel que tenía allí y balbuceó:—¿Me amáis, pues?

Cosette respondió en una voz tan baja, que no era más que un soplo que apenas se oía:—¡Cállate! ¡Ya lo sabes!

Y ocultó su rostro lleno de rubor en el pecho del joven orgulloso y embriagado.

Cayó sobre el banco y ella á su lado. No tenían ya palabras. Las estrellas empezaban á brillar. ¿Cómo fué que sus labios se encontraron? ¿Cómo es que el pájaro canta, que la nieve se funde, que la rosa se

abre, que mayo extiende su fragancia, que el alba blanquea detrás de los árboles negros en la cumbre de las colinas?

Un beso; esto fué todo.

Los dos se estremecieron y se miraron en la sombra con ojos brillantes.

No sentían ni el frío de la noche, ni la frialdad de la piedra, ni la humedad de la tierra, ni la humedad de las hojas; se miraban y tenían el corazón lleno de pensamientos. Se habían cogido las manos sin saberlo.

Ella no le preguntaba nada; no pensaba ni aún por dónde había entrado y cómo había penetrado en el jardín. ¡La parecía ya tan sencillo que estuviese allí!

De tiempo en tiempo la rodilla de Mario tocaba la rodilla de Cosette y ambos se estremecían.

Por intervalos Cosette tartamudeaba una palabra. Su alma temblaba en sus labios como una gota de rocío en una flor.

Poco á poco se hablaron. La expansión sucedió al silencio, que es la plenitud. La noche estaba serena y espléndida por cima de sus cabezas. Aquellos dos seres puros, como dos espíritus, se dijeron todo; sus sueños, sus felicidades, sus éxtasis, sus quimeras, sus debilidades; cómo se habían adorado de lejos, cómo se habían deseado, y su desesperación cuando habían cesado de verse. Se confiaron en una intimidad ideal, que nada podía aumentar, lo que tenía más oculto y misterioso. Se contaron con una fe cándida en sus ilusiones todo lo que el amor, la juventud y el resto de infancia que tenían les hacía pensar. Aquellos dos corazones se derramaron uno en otro, de modo que, al cabo de una hora, él tenía el alma de ella, y ella el alma de él. Se penetraron, se encantaron, se deslumbraron.

Cuando acabaron, cuando se lo dijeron todo, ella reposó su cabeza en el hombro de Mario, y le preguntó:

—¿Cómo os llamáis?

—Yo me llamo Mario. ¿Y vos?

—Yo me llamo Cosette.